
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Di Cesare, Roberta; López Guix, Juan Gabriel, dir. En defensa de los indios norteamericanos. : Traducción y presentación editorial de un capítulo de 'A century of dishonor', de Helen Hunt Jackson. 2015. (1202 Grau en Traducció i Interpretació)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/146960>

under the terms of the  **CC BY-NC-ND** license

**EN DEFENSA DE LOS INDIOS
NORTEAMERICANOS.
TRADUCCIÓN Y PRESENTACIÓN
EDITORIAL DE UN CAPÍTULO DE
«A CENTURY OF DISHONOR», DE
HELEN HUNT JACKSON**

103698 - Trabajo Fin de Grado

Grado en Traducción e Interpretación

Curso académico 2014-15

Estudiante: Roberta Di Cesare

Tutor: Juan Gabriel López Guix

10 de junio de 2015

Facultad de Traducción e Interpretación

Universidad Autónoma de Barcelona

DATOS SOBRE EL TFG

Título: En defensa de los indios norteamericanos. Traducción y presentación editorial de un capítulo de *A Century of Dishonor*, de Helen Hunt Jackson

Autora: Roberta Di Cesare

Tutor: Juan Gabriel López Guix

Centro: Facultad de Traducción e Interpretación

Estudios: Grado en Traducción e Interpretación

Curso académico: 2014-15

PALABRAS CLAVES

Helen Hunt Jackson, *A Century of Dishonor*, indios norteamericanos, cheroquis, Estados Unidos, Oglethorpe, tratado de Hopewell, creeks

PARAULES CLAUS

Helen Hunt Jackson, *A Century of Dishonor*, indis nord-americans, cheroquis, Estats Units, Oglethorpe, tractat de Hopewell, creeks

KEYWORDS

Helen Hunt Jackson, *A Century of Dishonor*, Native American Indians, Cherokees, United States, Oglethorpe, treaty of Hopewell, Creeks

RESUMEN

El presente trabajo se ha realizado a partir de la traducción del inglés al castellano de un capítulo de la obra de *A Century of Dishonor* de Helen Hunt Jackson. La traducción es acompañada por un trabajo suplementario de investigación acerca del contexto sociopolítico de la época, la obra y su autora con el fin de contextualizar la traducción y de obtener un panorama más amplio sobre la historia de los indios norteamericanos y su relación con el gobierno de los Estados Unidos, marcada por innumerables injusticias e abusos perpetrados durante un siglo. En este trabajo se puede encontrar un extracto del texto traducido correspondiente al Capítulo VIII del texto original y cuyo argumento trata sobre la tribu indígena de los indios cheroquis, desde el primer encuentro con los colonos británicos del general Oglethorpe en 1733, pasando por contacto con la religión cristiana a través de los misionarios wesleyanos en 1735, hasta los efectos del nuevo gobierno real de Georgia. Los últimos episodios se centran en los acontecimientos relativos a la participación de los indios cheroquis en la revolución americana y las primeras relaciones diplomáticas con el gobierno de Estados Unidos iniciadas con la firma del tratado de Hopewell en 1785 y descritas en 1789 por el secretario de

Guerra, el general Knox.

RESUM

El present treball s'ha realitzat a partir de la traducció de l'anglès al castellà d'un capítol de l'obra *A Century of Dishonor* d'Helen Hunt Jackson. La traducció és acompanyada per un treball suplementari d'investigació sobre el context sociopolític de l'època, l'obra i la seva autora per tal de contextualitzar la traducció i d'obtenir un panorama més ampli sobre la història dels indis nord-americans i la seva relació amb el govern dels Estats Units, marcada per innombrables injustícies i abusos perpetrats durant un segle. En aquest treball es pot trobar un extracte del text traduït corresponent al Capítol VIII del text original; l'argument tracta sobre la tribu indígena dels indis cheroquis, des la primera trobada amb els colons britànics del general Oglethorpe en 1733, passant pel contacte amb la religió cristiana amb els missioners wesleyans en 1735, fins als efectes del nou govern reial de Geòrgia. Els últims episodis es centren en els esdeveniments relatius a la participació dels indis cheroquis en la revolució americana i les primeres relacions diplomàtiques amb el govern dels Estats Units iniciades amb la signatura del tractat de Hopewell en 1785 i descrites en 1789 pel secretari de Guerra, el general Knox.

ABSTRACT

This work consists of a translation from English into Spanish of a chapter of the book *A Century of Dishonor* by Helen Hunt Jackson. The translation is accompanied by an additional research about the socio-political context of the time and Jackson's life and work in order to contextualize the translation and offer a broader overview of the history of American Indians and their relationship with the United States government, marked by countless injustices and abuses perpetrated during a century. It is included an excerpt of the translated text corresponding to Chapter VIII of the original text and whose plot development is based on the history of the Cherokees Indians: their first meeting with the British settlers of General Oglethorpe in 1733, their contact with Christian religion introduced by the Wesleyan missionaries in 1735, until the effects of the new royal government of Georgia. The last episodes focus on the facts related to the participation of the Cherokees in the American Revolution and their first diplomatic relations with the US government initiated with the signing of Hopewell's treaty in 1785 and described in 1789 by the Secretary of War General Knox.

Aviso legal

2015© Roberta Di Cesare, Barcelona. Todos los derechos reservados. Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autora.

Avís legal

2015© Roberta Di Cesare, Barcelona. Tots els drets reservats.

Cap contingut d'aquest treball pot ésser objecte de reproducció, comunicació pública, difusió i/o transformació, de forma parcial o total, sense el permís o l'autorització de la seva autora

Legal notice

2015© Roberta Di Cesare, Barcelona. All rights reserved.

None of the content of this academic work may be reproduced, distributed, broadcast and/or transformed, either in whole or in part, without the express permission or authorization of the author.

Agradecimientos

A Gabriel, por guiarme y aconsejarme durante toda la carrera.

A Lorenza, por su apoyo.

*Tieni stretto ciò che è buono,
anche se è un pugno di terra.*

*Tieni stretto ciò in cui credi,
anche se è un albero solitario.*

*Tieni stretto ciò che devi fare,
anche se è molto lontano da qui.*

*Tieni stretta la vita,
anche se è più facile lasciarsi andare.*

– **Nancy Wood**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	8
PRESENTACIÓN EDITORIAL	10
I. MARCO HISTORICO	10
La idea de América	10
Los orígenes de los indios norteamericanos	12
Después de la conquista	12
Las relaciones con los Estados Unidos	14
II. LA AUTORA	17
Helen Hunt Jackson	17
Fig. 1. Helen Hunt Jackson	20
III. LA OBRA	21
<i>A Century of Dishonor</i>	21
Capítulo VIII.	23
Los cheroquis.....	23
TRADUCCIÓN	25
BIBLIOGRAFÍA	32
ANEXO	35
ÍNDICE	35

INTRODUCCIÓN

Este trabajo presenta los textos necesarios para una edición bilingüe de un fragmento del libro, inédito en castellano, *A Century of Dishonor*. Se trata de un proyecto pensado en términos editoriales, con todos los materiales necesarios para su publicación en forma digital o tradicional. Considerado el tipo de obra y su finalidad, la traducción está acompañada de una investigación sobre los hechos más relevantes de la historia de los indios norteamericanos, la obra y su autora, con el fin de familiarizar al lector con los personajes y acontecimientos descritos en el texto traducido.

En primer lugar se abordan de manera general los orígenes y la historia de los indios americanos, con una atención particular a los acontecimientos derivados de la conquista de América y la revolución americana. Cabe mencionar la presencia de un breve *excursus* etimológico sobre la palabra «indios» y su uso.

A continuación se presenta la autora, Helen Hunt Jackson, a través de un breve repaso de los episodios más relevantes de su vida como escritora y activista por los derechos de los indios norteamericanos.

El siguiente apartado se dedica a la génesis de la obra *A Century of Dishonor* y su relevancia dentro de la temática indígena por ser el primer documento que trata desde cerca la inaceptable actitud del gobierno de los Estados Unidos hacia los indios norteamericanos.

Finalmente, el trabajo se concluye con un extracto de la traducción al castellano del Capítulo VIII de *A Century of Dishonor* que describe y relata algunos episodios que conciernen a la tribu de los indios cheroqui.

El propósito de este trabajo era principalmente el de cumplir la función didáctica prevista por la asignatura para poder crear un proyecto de traducción de forma independiente. Esta tarea se ha podido llevar a cabo explorando un caso de traducción literaria en el que, además, el texto resultante tuviera la función específica de servir como texto paralelo para la consulta simultánea del original y la traducción.

La importancia de un trabajo como este radica, en primer lugar, en una amplia búsqueda de información para poder entender y de este modo traducir la obra; y, en segundo lugar, en una esmera reformulación capaz de atender a las necesidades tanto estilísticas como funcionales requeridas por este tipo de trabajo.

El proceso de elaboración que he llevado a cabo ha sido posible gracias a la planificación semanal de las entregas que finalmente dieron forma al proyecto final. La reflexión y confrontación continua con mi tutor, dictada por la

necesidad de conseguir una minuciosa traducción en todos sus aspectos, me ha permitido evolucionar enormemente a lo largo de este recorrido.

La elección de una temática tan profusa y específica atiende a dos razones principales. La primera, aportar un modesto grano de arena para divulgar entre los hispanohablantes una parte de la Historia que desafortunadamente muchas veces es olvidada. La segunda, proponerme a mí misma el reto de emprender una traducción compleja sobre un tema totalmente inexplorado hasta ese momento.

La forma de afrontar lo que a primera vista parece un problema (en mi caso una traducción hacia otro idioma sobre un tema completamente desconocido) lo considero también como el resumen de la práctica traductora. Todo se puede traducir y, por consiguiente, como (futuros) traductores tenemos a nuestro alcance un número infinito de posibilidades y mundos por explorar. Sin duda, hace falta una buena técnica y conocimientos de diferentes tipos, pero también es imprescindible la fuerza de la curiosidad que nos empuje a ir un poco más allá de los límites que conocemos para adentrarnos en otras realidades que parecen inalcanzables.

Para mí, este trabajo representa no solo la conclusión de una asignatura, sino de cuatro años de carrera en los que he podido marcar los objetivos que me había propuesto; el más importante de todos, traducir hacia el castellano.

Para concluir, a través de estas líneas, quiero agradecer al prof. Juan Gabriel López Guix su valiosa ayuda, colaboración y atención constante, además de su paciencia, desde el primer día que empezó este trabajo.

PRESENTACIÓN EDITORIAL

I. MARCO HISTORICO

La idea de América

Es difícil hablar de América desde un punto de vista neutral, considerándola dentro de un marco no influenciado por una visión europea y occidental, es decir, imaginando América como algo distinto de ese concepto artificial que tiene sus orígenes en 1492 con el famoso «descubrimiento de América». El uso mismo de la palabra «descubrimiento», que hoy en día se sigue empleando de la misma manera que hace 500 años, refleja una idea subjetiva que considera solo un punto de vista, el de los europeos, imaginándolos como los únicos personajes de esa historia.

Según el profesor y experto en poscolonialismo, Walter D. Mignolo, la idea de América se define a partir de la idea de Europa, es decir como algo complementario, que se originó gracias al concepto de «occidentalismo», y que a la vez creó y reforzó el centralismo de Europa y su carácter «occidental»:

From that moment on, the Indias Occidentales defined the confines of the West and, as its periphery, were part of the West nonetheless. Those confines were traced from a locus of observation that placed itself at the center of the world being observed, described, and classified. This allowed Western Europe to become the center of economic and political organization, a model of social life, an exemplar of human achievement, and, above all, the point of observation and classification of the rest of the world. Thus the idea of “West” as “center” became dominant in European political theory, political economy, philosophy, arts, and literature, in the process by which Europe was conquering the world and classifying the world being conquered.¹

A esa se suman otras teorías como la del historiador Edmundo O’Gorman, quien afirma que la idea del «descubrimiento» es una invención imperial originada por el universalismo de la cultura occidental;² es decir que, en el

¹ Mignolo, Walter. *The Idea of Latin America*. Malden, MA: Blackwell Pub., 2005. 35-36.

² O’Gorman, Edmundo. *The Invention of America; an Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of Its History*. Bloomington: Indiana UP, 1961.

plano teórico, podemos afirmar que América no fue descubierta sino inventada mientras que, en el plano práctico y real de los hechos fue conquistada. O'Gorman sostiene que el occidentalismo es un concepto que fue creado para delinear el espacio geográfico e histórico que ocupa la cultura occidental, desde una perspectiva privilegiada y de superioridad. El concepto de civilización occidental se transformó en un punto de referencia, el modelo a seguir para el resto del mundo; la idea de América es el producto derivado de esa ideología occidental.

Efectivamente, los europeos estaban convencidos de ser detentores de un derecho que les permitía conquistar y dominar el mundo, imponiendo sus propias costumbres y cultura, de norma consideradas superiores a todas las existentes. El mérito de ser recordados como grandes «exploradores» se debe únicamente a los indescriptiblemente superiores avances tecnológicos, representados sobre todo por las armas, desconocidas en aquel entonces fuera de los confines de Europa, gracias a las cuales pudieron imponerse con la fuerza sobre los autóctonos del continente americano y establecer su hegemonía. Los documentos sobre el «descubrimiento de América» fueron en su mayoría productos europeos, de manera que la idea que tenemos acerca de ese continente difícilmente puede tener una visión no europeizada. Tanto la iglesia como el poder político de distintos países del continente europeo se nombraron entidades electas para imponer de manera obligada y necesaria su sistema de valores en todo el mundo.

El binomio Estado-Iglesia supuso la creación de una sólida fuerza que entrelazaba Europa y América, y que puede resumirse perfectamente con las palabras del pensador Eduardo Subirats:

*America was defined, according to this principle, as vassal. [...] American subjugation was elevated, in the light of the Christian principles of vassalage and Western rationalism, to the status of redemptive precept.*³

De esta manera, los principios de vasallaje del cristianismo del que habla Subirats, potenciaron la dicotomía «amo y siervo», representada respectivamente por Europa y América, contribuyendo así a justificar y consolidar la conquista de América. Desde entonces, se manifestó una superimposición de la cultura occidental, más fuerte, sobre la cultura indígena, más débil, en un peligroso juego de fuerzas. Inevitablemente, lo «europeo» se convirtió en el criterio para definir a todo que lo que se encontraba fuera de sus límites; dicha categorización incrementó la marginalización y posterior aniquilación de las culturas indígenas americanas, en un proceso catastrófico

³ Eduardo Subirats, "Three Visions of America", en Santiago Juan-Navarro y Theodore Robert Young, *A Twice-Told Tale: Reinventing the Encounter in Iberian/Iberian American Literature and Film*. Newark: U of Delaware Press, 2001, 29-35.

irreversible, en el que hemos perdido la historia de civilizaciones que nunca jamás conoceremos.

Los orígenes de los indios norteamericanos

Gracias a los innumerables estudios y esfuerzos para recuperar la memoria histórica de las culturas americanas, sabemos que la historia de los indígenas de Estados Unidos es tan antigua y diversificada como la de Europa. El poblamiento humano de América sigue siendo un tema muy debatido incluso hoy, puesto que es difícil determinar con exactitud cual pudo ser el camino migratorio que permitió a los ancestros de los indios asentarse en el continente. La teoría más ampliamente aceptada sostiene que los primeros habitantes norteamericanos llegaron hace unos 20.000 años desde Asia, en concreto desde Siberia, hasta lo que es hoy Alaska a través del puente de Beringia, y de allí se extendieron por todo el continente; sin embargo, no se les puede asignar un grupo étnico de origen en concreto. Lo que sí podemos afirmar con seguridad es que, antes de la invasión europea, los territorios del Norte de América eran habitados por más de 500 pueblos distintos, civilizaciones únicas, cada una con su lengua, historia, tradiciones y creencias.

Los bosques del Nordeste, un área formada por las regiones que van desde Minesota y Ontario hasta Carolina del Norte, eran habitados por poblaciones diseminadas de cazadores. De estos, surgieron los pueblos indígenas de la llamada confederación iroquesa, como los mohawk y los wyandot; de la familia de los sioux, como los iowa y los winnebago; y el grupo de los algonquinos, entre los que había los delaware, los shawnis, los mohicanos, los patawatomí y los ojibwa, entre otros. En el área del Sudeste, en las regiones entre Carolina del Sur y Texas, las poblaciones eran más numerosas que las del Norte y se dedicaban más a la agricultura, la pesca y las actividades comerciales. Los grupos principales eran los cheroquis, los choctaw, los chickasaw y los creeks. Si bien empezaron estableciéndose en un primer momento en esas zonas, muy pronto casi todos los grupos emigraron de un lado a otro del continente, debido sobre todo al carácter nómada de algunas tribus.

Las estimaciones de población presente en el momento de la llegada de los europeos son muy diversas y oscilan entre 10 y 90 millones.

Después de la conquista

El nombre de «indios» les fue asignado a los indígenas por Cristóbal Colón, quien creyó que en 1492 había llegado a las Indias, de allí el uso del gentilicio correspondiente. Sobre este punto sería necesario abrir un discreto paréntesis sobre el uso del término «indio», muchas veces confundido y malinterpretado. Actualmente, la expresión más utilizada para referirse a los primeros pueblos que habitaron el Norte de América, por influencia sobre todo del inglés, es «americanos nativos» o «nativos americanos». Se favorece su uso en cuanto se considera la expresión políticamente correcta para definir a los

descendientes actuales de esas culturas, además agrupa bajo la misma definición los indios, los esquimales y los aleutianos, y se evitan confusiones con el gentilicio utilizado para los habitantes de la India. Sin embargo, el uso de «nativos americanos» se queda corto a la hora de distinguir las características de los distintos grupos. La mejor manera de denominar esos grupos es pues, siempre y cuando sea posible, utilizando las designaciones específicas de cada uno; por ejemplo indio creek, indio cheroqui o, en el caso de que no fuera posible, optar por el más general «indio norteamericano» o simplemente «indio».

Después de la llegada de Colón, empezaron numerosas expediciones, primero de los españoles y portugueses, y de los ingleses, franceses y holandeses después, para conquistar nuevas tierras y establecer el dominio de sus respectivos países en el continente americano. Las tribus indígenas fueron muy complacientes y hospitalarias con los europeos, quienes a su vez respondieron con la fuerza y la violencia, exterminando gran parte de los pueblos indígenas.

La situación se agravó notablemente cuando las expediciones se convirtieron en asentamientos estables y los europeos crearon ciudades quitando las tierras a los indios. Si bien la mayoría de los indios se rendía ante sus conquistadores y aceptaba retirarse en las nuevas tierras que les asignaban los invasores, algunos grupos se opusieron firmemente y desafiaron el poder de los europeos. Uno de los primeros enfrentamientos se dio en 1607, con la llegada de los colonos británicos en la región de Virginia. Los ingleses habían fundado la colonia de Jamestown arrebatando las tierras a las tribus algonquinas que poblaban la zona; la guerra estalló cuando quitaron las tierras al jefe Wahunsonacawh y a su tribu, los powhatan. Fue así que, en 1609, se desencadenó la primera guerra anglo-powhatan, un periodo de sanguinarias y violentas luchas que acabó en 1614. En 1644 hubo una segunda guerra anglo-powhatan, esta vez bajo un nuevo jefe powhatan, Opechancanough, que acabó definitivamente con los indios powhatans. A estas siguieron muchas más: desde 1640 hasta 1660, los holandeses tuvieron que lidiar repetidamente con los indios rebeldes de Nueva Amsterdam; en 1675-1676, Nueva Inglaterra entró en la llamada guerra del Rey Felipe, la mayor guerra hasta ese entonces entre colonos e indios; y la rebelión de Pontiac en 1763, en la que varias tribus indígenas se unieron bajo el mando de Pontiac, el jefe de los Ottawa, para expulsar a los británicos de sus tierras.

Las invasiones europeas no se dieron únicamente en el plano práctico de conquistas de nuevas tierras, si no que iban acompañadas del adoctrinamiento de los pueblos indígenas. Como ya he mencionado más arriba, desde la llegada de Colón la religión tuvo un papel fundamental para establecer el pensamiento europeo entre los indios, es decir, para actuar como forma de conquista alternativa llevada a cabo con armas como la biblia y la educación a la fe cristiana. Junto a la crisis de valores que creaba entre los indios, la

entrada del cristianismo también se convirtió en otro de los factores desencadenantes de los conflictos; algunos indios se oponían a la fe católica, vista como la religión del invasor y asociada muchas veces a valores negativos y oscuros, peligrosos para la continuidad de las tribus. Los más arraigados a sus tradiciones ancestrales eran los sioux e iroqueses, que además pasaron a ser las tribus más rebeldes ante el poder de los colonos.

El otro gran conflicto que implicó de manera directa a los indios fue la revolución americana. Los indios eran reclutados y utilizados como carnadas por los dos bandos participantes en la guerra, formados principalmente por los colonos, a un lado, y los ingleses, a otro. En este sentido los ingleses tenían la ventaja de que sus relaciones con los indios eran mejores. Los británicos se habían ganado la confianza de muchos pueblos indios gracias a la diplomacia y los tratos comerciales que mantenían con éstos, mientras que los colonos eran vistos como violentos y peligrosos, debido al gran número de ataques que habían emprendido contra los pueblos indígenas. Numerosas tribus, en particular los cheroquis y los iroqueses, fueron arrastrados en el conflicto, pero tanto a los colonos y los británicos les resultaba difícil mantener la lealtad de los pueblos indígenas.

Las relaciones con los Estados Unidos

La situación cambió drásticamente en 1776, con la firma de la Declaración de Independencia, por la cual los representantes de las trece colonias en Norte América retiraron su lealtad a la Corona británica y se declararon formalmente como Estados libres e independientes. A pesar de que incluso hoy se siga considerando uno de los documentos trascendentales de la historia moderna, no hay que olvidar que esa misma declaración de libertad que proclamaba la igualdad entre todos los hombres, discriminaba muchos grupos integrantes de la nueva sociedad estadounidense. A las mujeres se les vetó la posibilidad de votar en las elecciones, participar como jurados y tener propiedades en su condición de esposas. A esto se sumaba el reconocimiento y aceptación de la esclavitud de los negros que permaneció como una práctica legal en las regiones del sur de los Estados Unidos durante los siguientes 75 años desde la firma de la Declaración, lo cual fomentó la discriminación racial durante gran parte del siglo sucesivo. Con estos principios, no se podía dejar de lado a los indios, quienes también tenían cabida en el nuevo Estado independiente.

Los colonos blancos querían ocupar las tierras de los indígenas y expandir su dominio, pero a la vez temían la posible venganza de las tribus que seguían representando una fuerte amenaza. Inicialmente los indios fueron privados de todas sus tierras y obligados a desplazarse hacia el oeste; con la expansión estadounidense hacia el oeste, promovida con la compra de Louisiana por parte del gobierno de los Estados Unidos en 1803, se concretizó la idea de reubicar los indios en las nuevas tierras adquiridas, confinados y aislados en «reservas».

Con el creciente aumento de colonos reclamando al gobierno nuevas tierras, cada vez más tribus fueron trasladadas en las reservas y los grupos que ya estaban encerrados, eran desplazados continuamente de una parte a otra de esos territorios. La mayoría de los indios tuvo que aceptar la reubicación forzosa por parte del gobierno, pero una minoría se opuso al dominio estadounidense y empezó un periodo de guerras conocido como guerras indias. En 1804, los sauk y los fox decidieron entregar sus tierras a los Estados Unidos a cambio de una renta anual. El jefe de los sauk, Makataemishkiakiak, también conocido como Halcón Negro, se opuso a ceder sus tierras, acusando a los estadounidenses de haber obligado sus hombres a cederles las tierras. Su actitud desafiante desencadenó un conflicto en 1832 que se concluyó con la derrota de los indios sauk. Los sauk y los fox fueron recluidos en una reserva; Halcón Negro fue hecho prisionero y mostrado por todo el país para desanimar las demás tribus a rebelarse y convencer a la sociedad estadounidense del poder de sus hombres frente a los salvajes indios.

Desde 1840 hasta 1880, los Estados Unidos emprendieron numerosas batallas para liberar las rutas del Oeste y hacerse con el control de todo el territorio americano. Pasaron a la historia las brutales matanzas de los cheyenne, en 1878, y de los poncas, en 1879, dos tribus que intentaron recuperar las tierras que desde siempre les pertenecían. Estas noticias llegaron a la sociedad civil y se constituyeron algunas asociaciones, como la *Indian Rights Association* y la *Women National Indian Association*, para sensibilizar los ciudadanos estadounidenses sobre las condiciones de los indígenas. Un papel fundamental fue desempeñado por el libro *A Century of Dishonor* de Helen Hunt Jackson, una activista a favor de los derechos de los indios ponca que por primera vez atestiguó y denunció el terrible etnocidio de los indios llevado a cabo por el gobierno americano.

Su trabajo dio a conocer la situación de varias tribus y convenció parte de la opinión pública de la necesidad de una reforma de la política del gobierno hacia los pueblos indígenas. Gracias a su actividad, Hunt aportó una ayuda substancial a los pueblos indios y favoreció en parte a que el Senador Dawes firmara la Ley General de Asignación de Tierras, adoptada en 1886 para tratar de poner fin a los abusos descritos en el libro de Hunt.

También conocida como Ley Dawes, por el senador Henry L. Dawes de Massachusetts que la propuso en el Congreso de los Estados Unidos, promulgaba dividir las tierras de los nativos americanos en asignaciones individuales. Con esta medida, el objetivo era favorecer la asimilación de los nativos americanos con la sociedad estadounidense.

Se distribuyó alrededor de 650 m² de tierra a cada familia y se prohibió a los beneficiarios de la asignación de lucrarse con la venta de las tierras no antes de que pasaran 25 años desde la asignación. Los indios que renunciaban a sus

posiciones anteriores eran elegibles para pedir la ciudadanía estadounidense. Naturalmente también había un lado oscuro, una buena motivación que permitió a Dawes subscribir dicha ley. Efectivamente, gracias a los nuevos poderes de compra y venta, el gobierno federal especulaba con las tierras de los indios, asignándoles los m² correspondientes y robándoles los que sobraban, para luego venderlos a los colonos que llegaban cada vez más numerosos en los Estados Unidos.

Un gran número de partidarios de la Ley Dawes, Helen Hunt Jackson *in primis*, estaba realmente convencido de que esta medida pudiera mejorar la desesperada situación en la que vivían los indios norteamericanos. El mismo Cleveland se definía como el protector de los indios y abogó activamente a favor de la inclusión de los indios en la sociedad.

Los efectos reales de la ley, sin embargo, beneficiaban muy limitadamente a los indios americanos. Se les quitaron sus tierras ancestrales, favoreciendo la disolución de los varios grupos indígenas, además de crear una mayor desconfianza entre los indios hacia el gobierno de los Estados Unidos. La Ley Dawes pronto se convirtió en una política desastrosa, cuyo único objetivo era quitar todas las tierras que quedaban en manos de los indios para venderlas a los nuevos empresarios estadounidenses que querían invertir en negocios, acabando definitivamente con la presencia indígena en América del Norte.

La peor masacre de indios sucedió sin embargo en 1890, cuando la entera tribu de los lakotas en Dakota del Sur fue exterminada en un tiroteo en la conocida matanza de Wounded Knee, en la que murieron guerreros, mujeres y niños.

Se intensificó la persecución de los pueblos indígenas norteamericanos y los que sobrevivieron eran marginados, privados de cualquier libertad, despojados de sus costumbres y negados del derecho de hablar en sus lenguas nativas. Los niños fueron enviados a escuelas para «civilizarlos», es decir, para que olvidaran todo sobre su herencia cultural y se convirtieran en estadounidenses.

A finales de 1800, la gran mayoría de tribus era confinada en reservas ubicadas en terrenos pobres no aptos para el cultivo, y aún menos para la subsistencia de los indios. Los pocos indígenas que quedaban, vivían en la pobreza segregados por el gobierno estadounidense.

II. LA AUTORA

Helen Hunt Jackson

Helen Marie Fiske, más conocida como Helen Hunt Jackson y a través de sus firmas bajo los nombres de Helen Hunt, Helen Jackson e incluso con el pseudónimo de Saxe Holm, fue una escritora de poesía, cuentos infantiles, novelas y ensayos antes de dirigir todo su interés a investigar y denunciar públicamente el maltrato recibido por los indios norteamericanos en sus propias tierras. Su incansable labor la convirtió en una destacada y apasionada activista de los derechos de los indios, especialmente los del sur de California, que veían cómo el nuevo sistema legal de los Estados Unidos les desposeía de todos sus derechos sobre las tierras que habitaban desde hace siglos.

Nació el 14 de octubre de 1830 en Amherst, en aquel entonces un pequeño pueblo rural de Massachussets, donde compartió colegio y amistad con Emily Dickinson. Creció en un entorno intelectual calvinista; su padre, Nathan Welby Fiske, escribió y publicó varios libros, entre ellos *Manual of Classic Literature*, mientras que su madre, Deborah Vinal Fiske, se dedicó a la literatura infantil y epistolar. Gran parte de la producción literaria de los Fiske estaba influenciada por la enseñanza calvinista y tenía como objetivo difundir los preceptos de la fe cristiana entre sus lectores. La religión tuvo siempre un papel importante para la familia, incluso la joven Hunt y su hermana Ann recibieron una educación calvinista.

Con dieciséis años, Hunt y la hermana perdieron sus padres. Su abuelo materno, Vinal, un empresario de Boston al que fue confiada en un primer momento, decidió dar la tutela de su nieta a su amigo y abogado Julius A. Palmer, con quien Hunt vivió durante unos años en un clima familiar y sereno. En 1851, Hunt se mudó a Nueva York donde estuvo viviendo una temporada con el hermano de su tutor, el reverendo Ray Palmer. Durante su estancia neoyorquina conoció a Edward Hunt, un ingeniero civil y miembro del ejército del que quedó tan impresionada que, después de seis meses de compromiso, el 28 de octubre de 1852, contrajeron matrimonio. Para Hunt esta fue una de las etapas más felices de su vida, a la que siguió una serie de tragedias que la marcaron para toda la vida.

En 1853 dio a la luz su primer hijo, Murray, quien murió a causa de un tumor cerebral un año después. En 1857 empezaron a hacerse evidentes en su marido los primeros trastornos de una enfermedad que le llevaron a la muerte por asfixia en 1863. En 1865, su segundo hijo de nueve años, Rennie, contrajo difteria y falleció de manera fulminante al cabo de 3 días. La muerte de su último hijo la marcó incluso más que las anteriores pérdidas, pero el carácter fuerte y decidido que la distinguía, le impedía rendirse ante los dramas que sacudieron su vida. Estos trágicos acontecimientos fueron determinantes para

reforzar su fe en el credo calvinista, que para Hunt consistía no tanto en una ciega rendición ante la voluntad de Dios, sino más bien en la sumisión y aceptación de las circunstancias incontrolables de su vida, respondiendo con positividad y dedicación al trabajo como forma de superación y ayuda a los obstáculos que se habían presentado.

La actitud renovada y decidida de Hunt supuso el comienzo de un nuevo capítulo en su vida marcado por la escritura. Después de la muerte de su marido, Hunt se refugió en la poesía, en la que encontró una forma de desahogo. Gracias al apoyo de T.W. Higginson, un editor que también promocionaba su amiga, Emily Dickinson, dio comienzo a su carrera como escritora y publicó sus trabajos en distintos diarios. El 7 de junio de 1865, apenas dos meses después de la muerte de su segundo hijo, aparece en el *New York Evening Post* su primer poema titulado *The Key of Casket*. A este le siguieron ensayos y artículos de viaje que la llevaron a explorar gran parte de América del Norte y a descubrir las distintas y desconocidas culturas que la habitaban. Entre 1873 y 1874, una bronquitis crónica agravó su ya delicada salud y decidió mudarse a Colorado Spring en Colorado. Aquí conoció a William Sharpless Jackson, un rico banquero y ejecutivo de las compañías de ferrocarril de la región de Colorado con quien se casó en 1875, tomando el nombre de Jackson. Al par que su vida personal, también su vida profesional estaba tomando un camino positivo: su labor de escritora siguió creciendo cada vez más y los artículos y la poesía iban dejando paso a la novela como nuevo género preferido de Hunt. Empezó con cuentos y novelas cortas publicadas mayoritariamente en la revista *Scribner's Monthly* bajo el seudónimo de Saxe Holm, a los que siguieron obras de mayor carácter que gozaron de una buena recepción por parte de público y crítica: en 1876, con 45 años, publica su primera novela *Mercy Philbrick's Choice*; en 1877, *Hetty's Strange History*; y en 1878 una novela para niños, *Nelly's Silver Mine*.

Sucesivamente, en 1879, durante uno de sus viajes a Boston, un nuevo episodio determinó un antes y un después en la vida de Hunt. En esa ocasión asistió a un encuentro con Oso Erguido, el jefe de la tribu india de los ponca. Asistido por su intérprete, Susette La Flesche, Oso Erguido denunciaba la pobreza de su pueblo y la miseria en la que este vivía a causa del gobierno de los Estados Unidos, que los expropió de todas sus tierras ancestrales que se extendían y formaban el territorio que después pasó a llamarse Oklahoma. El discurso fue tan intenso y revelador que Hunt, que hasta ese momento nunca manifestó ningún interés hacia los movimientos y activistas sociales, decidió convertir la escritura en el instrumento para ayudar a los ponca y las otras tribus indias en las mismas condiciones.

Los siguientes seis años, hasta su muerte, Hunt dedicó todos sus trabajos y esfuerzos a la defensa de los indios, convencida de que ningún ciudadano de los Estados Unidos de América podía vivir feliz en sus propias tierras mientras

había pueblos maltratados y marginados, sin ningún tipo de protección jurídica, a los que habían quitado tierras, casas y, sobre todo, la libertad. Lo que la empujó a escribir ya no era el dinero ni el reconocimiento que recibía como escritora, si no unos ideales en los que creía; su prosa evolucionó hasta adquirir una fuerte implicación social con el objetivo de concienciar a la sociedad civil de la realidad que la rodeaba y reformar así la situación de los indios norteamericanos.

Su acción reformadora se centró inicialmente en la defensa de los poncas, sobre los que escribía artículos y cartas dirigidas en su mayoría al secretario de interior Carl Schurz. Por su incansable labor y su activismo a favor de los pueblos indígenas, recibió un cargo gubernamental para investigar el estado de los indios americanos y la expropiación de tierras a los que éstos eran sometidos. En 1881 escribió *A Century of Dishonor*, uno de los primeros estudios históricos sobre la política y las leyes del gobierno de Estados Unidos que afectaban a los indios. Entre 1881 y 1883 viajó por el sur de California, donde visitó a más de veinte aldeas y reservas indias mientras escribía artículos para *Century Magazine*, que sucesivamente recogió y publicó en un único documento titulado *Report on the Condition and Needs of the Mission Indians of California*. Sin embargo, estos escritos pasaron casi desapercibidos, impidiendo así que se diera a conocer la situación de las tribus del sur de California. Por esta razón, en 1884 la autora estadounidense escribió la novela *Ramona*, una historia ficticia que pretendía dar a conocer la deplorable situación en la que se encontraban los indios de California. La obra gozó de un inmenso e inesperado éxito, que sin embargo se debió más al carácter romántico y sentimental de la novela y a sus personajes, que a los objetivos propagandísticos que se proponían.

Un año después, en 1885, mientras trabajaba en un cuento para niños que nunca llegó a terminar, el ya precario estado de salud de Hunt se agravó notablemente. Murió de cáncer de estómago ese mismo año a los 55 años en San Francisco, California.



Fig. 1. Helen Hunt Jackson

III. LA OBRA

A Century of Dishonor

A Century of Dishonor o, por su anterior título, *A Century of Dishonor: A Sketch of the United States Government's Dealing with Some of the Indian Tribes* introduce las historias de siete tribus indígenas, cada una distinta y única, a través de las trágicas experiencias que les obligó a vivir el gobierno de Estados Unidos en sus tierras. A pesar de haber cambiado nombre, el objetivo de su autora, Helen Hunt Jackson, fue siempre el mismo: recoger las historias de algunas de las principales tribus de indios americanos, y a la vez puntualizar y juzgar las políticas indianas del gobierno de Estados Unidos, es decir, todas las iniciativas adoptadas por el Estado en relación a las poblaciones indígenas del territorio norteamericano.

La idea de llevar a cabo un proyecto tan controvertido surgió después del encuentro de Hunt con Oso Erguido, el jefe de los indios ponca. Los discursos del jefe ponca ya habían sido difundidos y tratados por el periodista, y también activista de los derechos de los indios, Thomas Henry Tibble en su *The Ponca Chiefs*. Escrito en 1880, relata el drama de los indios ponca obligados por las leyes federales a abandonar sus tierras ancestrales en la zona del Nebraska. Su jefe, Oso Erguido, presentó una demanda contra el gobierno federal impugnando la decimocuarta enmienda de la Constitución de los Estados Unidos que defiende la protección igualitaria de todas las personas ante la ley. Con su acción exigía que los Estados Unidos reconocieran a los indios como personas; en su paso por el tribunal, Oso Erguido dijo al juez:

*My hand is not the color of yours, but if I pierce it, I shall feel pain. If you pierce your hand, you also feel pain. The blood that will flow from mine will be of the same color as yours. I am a man. The same God made us both.*⁴

Por su coraje y valentía, Oso Erguido se convirtió no solo en el símbolo de la resistencia de los indios norteamericanos, sino también en la razón principal que convenció a Hunt de la necesidad de emprender un trabajo como *A Century of Dishonor* para cambiar definitivamente la situación de los indios en Estados Unidos.

En 1879, cuando Oso Erguido empezó a viajar para dar sus celebres discursos, Hunt ya era una prolífica escritora de prosa, ensayos y novelas, y una reconocida figura de la literatura de su tiempo. En aquel entonces, las tendencias políticas de Hunt eran abiertamente conservadoras y nunca demostró algún interés acerca de las condiciones de los indios

⁴ Miller, Drew, and Albert R. Drelicharz. *Rohan Nation: Reinventing America after the 2020 Collapse*. Responsibility, 2010. 250-51.

norteamericanos; incluso como mujer, defendía y apoyaba la domesticidad femenina y en sus primeros libros y artículos aconsejaba a sus lectoras como ser buenas amas de casa.

Resulta importante recordar también estos aspectos de la joven Hunt puesto que evidencian la gran evolución que vivió no solo como escritora, sino también como persona. Es ampliamente noto que su interés por la historia de los indios empezó en Boston, en octubre de 1879, después de asistir a uno de los discursos del jefe ponca. En todos sus discursos, Oso Ergudido era acompañado por Suzette LaFlesche, conocida también por su nombre indio «Ojos alegres» (Inshtatheamba), una joven intérprete de origen franco-estadounidense perteneciente a la tribu de los omaha, quien acercaba las palabras del jefe indio al público estadounidense. Profundamente impactada por esas historias sobre la terrible situación que se estaba consumando en su propio país, a partir de ese momento Hunt decidió involucrase a pleno en la causa de los indios y convertir la escritura en el arma para poner fin a esas injusticias.

Después del encuentro con Oso Erguido, Hunt empezó una incansable búsqueda de informaciones acerca de los orígenes de los indios, sus culturas y cómo la nueva política del gobierno les estaba afectando. Su nueva figura como activista iba ligada a una prospera redacción de apasionados artículos en periódicos y revistas, campañas y cartas dirigidas a los oficiales responsables de la reubicación de los ponca en las nuevas tierras designadas por el gobierno estadounidense.

Finalmente, en 1881, Hunt publica las 457 páginas más duras y críticas sobre las políticas adoptadas por el gobierno para resolver el «problema indígena», con el título *A Century of Dishonor: A Sketch of the United States Government with Some of the Indian Tribes*. La obra, que *a posteriori* pasó a llamarse únicamente *A Century of Dishonor* para favorecer su distribución, tuvo un eco indiscutible entre la opinión pública en cuanto acusaba al gobierno federal de no haber cumplido con las condiciones estipuladas en los contratos firmados con los indios norteamericanos.

Hunt envió una copia de su libro a cada miembro del Congreso, a sus propias expensas, para que admitieran los errores evidentes que habían cometido hacia los indios norteamericanos y, en sus propias palabras, «*to redeem the name of the United States from the stain of a century of dishonor*».

El libro se compone fundamentalmente de las historias de siete tribus diferentes, descritas en el siguiente orden: los delaware, los cheyenne, los nezperces, los sioux, los poncas, los winnebago y los cheroquis. Cada capítulo se dedica a un grupo del que se describe brevemente la historia y los orígenes, las tierras que habitaban antes de la ocupación de los colonos y los trágicos episodios derivados de las relaciones con los Estados Unidos. Las historias van

acompañadas de documentos, pruebas y cartas, así como testimonios de indios que experimentaron en primera persona los acontecimientos descritos por Hunt. El último capítulo reúne las historias de las tres peores matanzas cometidas por los colonos: la masacre de Conestoga, Gnadenhütten y de los indios apaches. Con estos relatos, Hunt sacó a la luz las injusticias cometidas repetida e injustificablemente hacia los indios y la codicia de los invasores por la tierra, la riqueza y el poder.

El libro no tuvo el impacto que Hunt deseaba, pero sí concienció la sociedad civil estadounidense acerca de la situación que se vivía dentro del país y que muchos desconocían. Un año después de la publicación del libro, el Congreso actuó para remediar, aunque de forma muy modesta, a la deplorable condición de los ponca.

Capítulo VIII.

Los cheroquis

La palabra cheroqui, *cherokee* en inglés, parece ser originaria de las palabras «cha-la-kee», literalmente «aquellos que viven en las montañas».

Los cheroquis formaban parte de una tribu perteneciente a la familia lingüística iroquesa y habitaban el territorio de los actuales estados de Alabama, Georgia, Kentucky, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Tennessee y Virginia en el sudeste de los Estados Unidos.

Desde el primer contacto con los exploradores europeos en el siglo XVI, el pueblo de los cheroquis se ha identificado como uno de los más avanzados entre todas las tribus indígenas norteamericanas.

Después de numerosas guerras y conflictos, también los cheroquis tuvieron que rendirse a la voluntad de los estadounidenses. Cuando el oro fue descubierto en Georgia en la década de 1830, se ordenó el traslado de los indios cheroquis en la actual Oklahoma, en las reservas destinadas a los indígenas.

Se estima que alrededor de 4.000 cheroquis murieron en condiciones precarias en su travesía para llegar a las tierras en las que les había confinado el gobierno estadounidense. El viaje emprendido por los cheroquis se convirtió en un recorrido conocido como «Sendero de Lágrimas», que iba desde las zonas de Tennessee, Carolina del Norte y Alabama hasta Oklahoma.

Hoy en día, los cheroquis siguen sobreviviendo como la tribu indígena más grande del Norte de América con una población de alrededor de 300 mil personas, entre mestizos e indígenas.

En el Capítulo VIII de *A Century of Dishonor*, Hunt narra la historia del pueblo cheroqui desde sus orígenes conocidos y el contacto con los primeros colonos ingleses, hasta las primeras relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno de los Estados Unidos.

TRADUCCIÓN

CAPÍTULO VIII LOS CHEROQUIS

Los cheroquis habitaban las montañas del este de los Estados Unidos. Sus tierras se extienden por el curso del río Tennessee y las tierras altas de Georgia, Carolina y Alabama, la región más bonita al este de río Misisipí. Hermosas y grandes, con majestuosos montes y fértiles valles llenos de flores fragantes, bosques de magnolios y pinos repletos de cantos de pájaros y melodías de los ríos, abundantes en frutos, nueces y cereales silvestres, eran unas tierras dignas de ser amadas y defendidas hasta la muerte, como las habían amado y defendido hasta la muerte miles de hombres blancos y pieles rojas en los últimos cien años.

Cuando Oglethorpe llegó de Inglaterra con su cargamento de vino de Madeira e indigentes respetables en 1733 y se instaló en pleno invierno en tiendas de campaña a orillas del río Savannah, una de las primeras condiciones para garantizar la seguridad de su descomunal hospicio bajo la forma de una nueva colonia fue que todos los indios de la región se convirtieran en amigos y aliados.

La reputación de su bondad y benevolencia pronto penetró en lo más hondo de los hogares indios, y una tras otra las tribus enviaron jefes y caciques para saludarlo con regalos y darle la bienvenida. Cuando apareció el jefe cheroqui, Oglethorpe le dijo: «No temas nada. Habla con libertad». «Yo siempre hablo con libertad –contestó el hombre de las montañas. ¿Por qué debería temer? Ahora estoy entre amigos: nunca he temido nada, ni siquiera entre mis enemigos.»

El propósito principal de los patronos ingleses que constituyeron la colonia de Georgia era proporcionar un hogar a personas de valía que en Inglaterra se encontraran en «situación de penuria». Entre otros grandes objetivos también declarados, se encontraba la llamada «civilización de los salvajes». En uno de los primeros informes a los patronos, Oglethorpe afirma: «Una pequeña nación india, la única a la redonda, no sólo se muestra amistosa, sino también deseosa de convertirse en súbdita de su Majestad el Rey Jorge; de tener entre nosotros tierras que les hayamos cedido y de educar a sus hijos en nuestras escuelas. El jefe y su «hombre querido», que es el segundo hombre en importancia de la nación, desean ser instruidos en la religión cristiana».

Al año siguiente volvió a Inglaterra, llevando consigo ocho jefes indios para mostrarles de «Gran Bretaña y sus instituciones cuanto pudiera permitirles hacerse una idea de su poder y dignidad. [...] No se descuidó ningún detalle – se nos dice– que pudiera despertar su curiosidad o infundir en ellos la

sensación de poder y grandeza de la nación». Fueron recibidos por el arzobispo de Canterbury y la junta rectora de Eton; y, durante cuatro meses, se los acogió con hospitalidad y se les mostraron los principales lugares de Londres y alrededores.

Las tribus se mostraron muy satisfechas por esas atenciones acordadas a sus representantes y enviaron a los patronos una misiva muy curiosa expresando su gratitud y apego al general Oglethorpe. La carta fue obra de un joven jefe cheroqui. Estaba escrita en jeroglíficos negros y rojos sobre una piel de búfalo curtida. Antes de ser enviada a Inglaterra, se expuso en Savannah, y un intérprete tradujo el significado de los jeroglíficos en el curso de una solemne reunión de cincuenta jefes indios y todos los principales ciudadanos de Savannah. Más tarde, el curioso documento se enmarcó y colgó en la Oficina de Georgia en Westminster.

Cuando los misioneros wesleyanos llegaron dos años más tarde a Georgia, algunos de los jefes que habían visitado Inglaterra acudieron a verlos llevando como presentes grandes jarros de miel y leche para «presentar sus respetos»; y uno de los jefes dijo a Wesley: «Me alegro de que haya venido. Cuando estuve en Inglaterra, deseé que alguien me transmitiera la Gran Palabra. Iré a hablar con los sabios de nuestra nación y espero que escuchen. Pero no se nos convertirá en cristianos como hacen los españoles; a nosotros se nos enseñará antes de ser bautizados.»

En aquellos primeros tiempos, Wesley era un entusiasta intolerante e imprudente. Su obra misionera en la colonia de Georgia no tuvo ningún éxito al principio, ni entre los blancos ni entre los indios, y estuvo plenamente justificada la respuesta dada por ese mismo jefe indio cuando se lo instó a abrazar las doctrinas del cristianismo.

«Sí, son cristianos en Savannah. Son cristianos en Frederica. ¡Los cristianos se emborrachan! ¡Los cristianos dan palizas! ¡Los cristianos mienten! ¡Yo no cristiano!» En otra ocasión, Wesley le preguntó para qué pensaba que estaba hecho. «El que está arriba –respondió el jefe– sabe para qué nos ha hecho. Nosotros no sabemos nada, estamos en la oscuridad, pero los hombres blancos saben mucho. Y a pesar de eso los hombres blancos construyen grandes casas, como si fueran a vivir para siempre. Pero los hombres blancos no pueden vivir para siempre. Dentro de poco los hombres blancos serán polvo como yo.»

Durante veinte años la colonia de Oglethorpe sobrevivió bajo grandes dificultades e impedimentos. Las guerras con Francia y España, las tediosas peleas con los misioneros metodistas y entre ellos, todo ello se combinó para dificultar la posición de Oglethorpe. Inglaterra habría perdido una y otra vez su colonia de no haber sido por la inquebrantable fidelidad de los aliados indios, quienes se reunieron en centenares para luchar por Oglethorpe. En una

expedición contra la frontera, se presentaron en un día cuatrocientos creeks y seiscientos cheroquis, en respuesta a un llamamiento urgente de ayuda transmitido por mensajeros indios a sus pueblos. Los indios eran los únicos amigos de Oglethorpe que lo apoyaron por encima de todo: nada resquebrajó su fidelidad.

«Él es pobre, no os puede dar nada –dijeron los agustinos españoles a un jefe creek en aquel momento –es insensato que vayáis con él»; y mostraron al indio un elegante traje de tela escarlata y una espada que se disponían a regalar a un jefe de los tennessee que se había convertido en su aliado.

Sin embargo, el creek respondió: «Nosotros lo queremos. Es cierto que no nos da plata; pero de lo que tiene nos da todo lo que queremos. Me ha dado el abrigo que cubría su espalda, y la manta sobre la que estaba sentado».

Al final, los patronos de la colonia de Georgia perdieron la paciencia: muy amargamente aprendieron que los indigentes, por más que virtuosos, no constituyen un buen material con el que acometer nuevas iniciativas. En dieciocho años, la colonia no había proporcionado ni una sola vez los suficientes medios de subsistencia para su consumo; las granjas que habían sido cultivadas se iban deteriorando, y el territorio degeneraba rápidamente en todos los sentidos. Algunos comerciantes deshonestos habían engañado y exasperado a los indios, por lo que ya cabía confiar ciegamente en su cordialidad. La Compañía Inglesa era considerada responsable de todo lo que salía mal, y es probable que el 20 de junio de 1752 no hubiera en toda Inglaterra hombres más felices que los patronos de Georgia, quienes en ese día renunciaron formalmente a la cédula real y se desentendieron de la colonia para siempre.

La provincia se transformó entonces en colonia bajo gobierno real, y muy pronto se convirtió en escenario de terribles guerras indias. Las nuevas autoridades no entendieron ni se mantuvieron leales a los indios: su viejo amigo Oglethorpe los había abandonado para siempre, y las mismas escenas de traición y masacre que se habían representado en el Norte comenzaron a repetirse con desconsoladora similitud en el Sur. Indios luchando contra indios, luchando como aliados de los franceses un día y al siguiente de los ingleses; pactos firmados y rotos en cuanto se firmaban; no hubo paz ni seguridad en ningún lugar.

Por fin, en 1763, se concluyó con los jefes y caciques de cinco tribus un tratado que pareció augurar un futuro mejor. Los cheroquis y los creeks cedieron al rey de Inglaterra una gran extensión de tierra, saldaron sus deudas con la suma recibida por ella y cumplieron fielmente las condiciones durante varios años, hasta que la paz se quebró de nuevo, esa vez no por culpa de los indios, sino como consecuencia de la rebelión de las colonias americanas contra Gran Bretaña.

Los realistas ingleses de Georgia se aprovecharon entonces de la inveterada lealtad de los indios a la Corona. Uno de sus principales representantes tomó por esposa a una mujer cheroqui, la colocó a la cabecera de su mesa, le dio la ropa y los artículos más suntuosos que podía ofrecer el territorio y distribuyó a través de ella pródigos regalos a cuantos indios tuvo a su alcance. Cuando estalló la guerra, se retiró con ella a las guaridas de la nación cheroqui, donde los dominó a su voluntad. Los intentos de capturarlo fueron repelidos con ferocidad por los cheroquis. Los prisioneros tomados en esas ocasiones fueron torturados con gran crueldad; está documentado el caso (en un diario escrito por otro prisionero, que escapó con vida) de un muchacho de unos doce años que fue suspendido por los brazos entre dos postes y levantado a un metro del suelo. «La forma de infligir la tortura fue mediante pequeñas astas de pino de alrededor de medio metro de longitud, afiladas por un extremo y fracturadas por el otro para que una vez lanzadas no se apagara la antorcha. Una vez preparadas esas armas de muerte y hecha la hoguera para encenderlas, comenzó la escena del horror. Se consideró señal de destreza, y se acompañó de gritos de aprobación, que un indio lanzara una de esas antorchas de tal manera que el extremo afilado se clavara en el cuerpo del infortunado joven sin que se apagara la antorcha. Este tipo de tortura se prolongó durante dos horas antes de que la inocente víctima se viera liberada por la muerte.»

Son detalles espeluznantes, y sin duda muchos lectores los considerarán instintivamente como una prueba de la crueldad innata propia de la raza india. Por lo tanto, situémoslos junto al hecho de que durante esa misma guerra los hombres blancos (oficiales británicos) recluyeron a otros hombres blancos («rebeldes») en buques-prisión donde los privaban de comida y los maltrataban de otras diversas maneras hasta que morían, cinco o seis cada día; luego arrojaban los cadáveres a la marisma más cercana y los «hundían en el lodo, donde el batir de las corrientes no tardaba en dejarlos a la vista, y con la marea baja los prisioneros veían los buitres carroñeros picotear los huesos de sus compañeros fallecidos». Y de que se supo en la misma época que los hombres blancos (oficiales británicos) fabricaron empulgueras con las llaves de los mosquetes para torturar en Georgia a mujeres, esposas de los «rebeldes», y obligarlas a revelar los lugares donde se escondían sus maridos. La crueldad innata no es un rasgo exclusivo de los indios.

Los cheroquis padecieron lo más encarnizado de la lucha en el bando británico durante la Revolución. Una y otra vez sus pueblos fueron quemados, sus reservas para el invierno destruidas, y partidas enteras reducidas al borde de la inanición. En una ocasión, estando muy presionados por las fuerzas americanas, acudieron a los creeks en busca de ayuda; sin embargo, los astutos creeks les contestaron: «Nos habéis quitado las espinas de los pies; os las podéis quedar».

Los creeks, habiendo ofrecido sólo una ayuda limitada a los británicos, sufrieron de un modo menos severo. Parece asombroso que hubiera indios dispuestos a unirse a la causa de los «rebeldes», ya que evidentemente no tenían nada que ganar transfiriendo su lealtad a lo que por mucho tiempo debió de parecerles el bando perdedor en la lucha. Durante tres años y medio Savannah estuvo en manos de los ingleses, quienes controlaron una y otra vez todo el Estado. Y, para demostrar que no tenían ningún reparo en incitar a los indios a las matanzas, dejaron muchas pruebas documentales; como, por ejemplo, la siguiente, que se encuentra en una carta escrita por el general Gage desde Boston, en junio de 1775: «No debemos mostrarnos delicados a la hora de apelar a los salvajes para que ataquen a los americanos».

Las primeras relaciones diplomáticas del gobierno de los Estados Unidos con los cheroquis se establecieron con la firma del tratado de Hopewell, en 1785. Durante el encuentro de Hopewell, los comisionados estadounidenses declararon: «El Congreso es ahora el soberano de todo nuestro territorio que ahora os señalamos en el mapa. No quiere ninguna de vuestras tierras, ni ninguna otra cosa que os pertenezca; y, como muestra de su respeto hacia vosotros, os proponemos entrar en negociaciones para un tratado del todo igualitario y satisfactorio con lo que ahora os decimos. [...] Este acto humanitario y generoso de los Estados Unidos será sin duda recibido por vosotros con alegría, y será recordado con agradecimiento; y tanto más por cuanto que muchos de vuestros jóvenes y la mayor parte de vuestros guerreros fueron durante la última guerra nuestros enemigos y ayudaron al rey de Gran Bretaña en sus esfuerzos por conquistar nuestro país».

Los jefes se quejaron amargamente de la usurpación por parte de los colonos blancos de tierras reservadas con claridad a los cheroquis en los antiguos tratados. Exigieron la expulsión de algunos de esos colonos; y cuando los comisionados respondieron que los colonos eran demasiado numerosos para que el Gobierno les expulsara, uno de los jefes preguntó en tono satírico: «¿El Congreso, que venció al Rey de Gran Bretaña, ¿no puede expulsar a esas personas?»

Finalmente los jefes aceptaron una compensación por las tierras que les habían quitado. Se establecieron nuevas fronteras y se creó un clima general de buena voluntad y confianza. Un episodio destacado en ese encuentro fue el discurso de una mujer india llamada la «Guerrera de Chota». Chota era la ciudad refugio de los cheroquis. Todos los asesinos estaban a salvo mientras vivieran en Chota. Ni siquiera los ingleses desdeñaron aprovechar su protección; un comerciante inglés que había matado a un indio se estableció en esa localidad durante varios meses después de darse a la fuga, a pesar de que su casa no se encontraba demasiado lejos. Al cabo de un tiempo decidió volver a su hogar, pero los jefes de la tribu le aseguraron que, aunque en ese lugar estaba a salvo, seguramente lo matarían si abandonaba la ciudad. El jefe que

llevó a esa «guerrera» al encuentro la presentó como «una de nuestras queridas mujeres que ha engendrado y criado guerreros». Ella dijo entonces: «Me alegra escuchar que hay paz, y espero que nos estrecháis ahora la mano con verdadera amistad. Tengo una pipa y un poco de tabaco que ofrecer a los comisionados para fumarlo en señal de amistad. Os veo a vosotros y los pieles rojas como hijos míos. Nada me resulta más grato que vuestra decisión en favor de la paz, porque he visto muchos estragos durante la última guerra. Soy mayor, pero todavía espero tener hijos que crecerán y poblarán nuestra nación, porque ahora estamos bajo la protección del Congreso y no tendremos problemas.»

Un breve resumen de los acontecimientos que siguieron a la negociación de ese tratado posiblemente queda reflejado con acierto en las palabras de un informe realizado por el secretario de Guerra para el Presidente cuatro años más tarde. En julio de 1789, el general Knox escribe lo siguiente de los cheroquis: «Esa nación de indios, que consta de distintos pueblos o aldeas, está asentada principalmente en las cabeceras del río Tennessee, que desemboca en el Ohio. Sus terrenos de caza se extienden desde el río Cumberland a lo largo de las fronteras de Virginia, Carolina del Sur, Carolina del Norte y parte de Georgia.

»Las frecuentes guerras que han tenido con los habitantes de las fronteras de dichos Estados han disminuido mucho su población. Los comisionados calcularon su número en noviembre de 1785 en 2.000 guerreros, pero en 1787 se estimó en 2.650; de todos modos, es probable que hayan disminuido desde entonces a causa de las penurias sufridas.

»Los Estados Unidos firmaron un tratado con los cheroquis en Hopewell, junto al río Keowee, el 28 de noviembre de 1785, que aparece en los diarios del Congreso del 17 de abril de 1786. Las negociaciones por parte de los comisionados de los Estados Unidos se anexan más abajo, marcadas con una A. En los documentos marcados con una B se aprecia que el Estado de Carolina del Norte, por medio de su delegado, protestó contra dicho tratado por infringir y violar los derechos legales de ese Estado.

»De acuerdo con una serie de pruebas presentadas en el último Congreso, ha quedado demostrado que dicho tratado se desatendió por completo por parte de los blancos que habitan en las fronteras, que se hacen llamar Estado de Franklin. Las actas del Congreso del 1 de septiembre de 1788, y la proclamación emitida después sobre este tema, demuestran que estaban al corriente de las atrocidades cometidas contra los cheroquis sin que mediara provocación alguna.

»La información contenida en los documentos identificados con una C, redactada por el coronel Joseph Martin, antiguo agente ante los cheroquis, y Richard Winn, constituye una prueba más de la deplorable situación de los

cheroquis y de la indispensable obligación por parte de los Estados Unidos de reivindicar su fe, justicia y dignidad nacional.

»La carta del 1 de marzo de Winn, antiguo superintendente, informa de que se suscribirá un tratado con los cheroquis el tercer lunes de mayo, en el vado Upper War del río French Broad. Sin embargo, debe señalarse que tanto su mandato como el del coronel Joseph Martin, agente ante los cheroquis y los chickasaws, han concluido y que, por lo tanto, no están autorizados para actuar en nombre de la Unión. En caso de que los comisionados nombrados por Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, en virtud de la resolución del Congreso de 26 de octubre de 1787, asistan a dicho tratado, no tardarán en darse a conocer las actas correspondientes. Sin embargo, dado que los cheroquis se han refugiado dentro los límites de los creeks, es muy probable que se encuentren bajo la misma dirección; y, por lo tanto, puesto que la violación del tratado es un hecho indiscutible y que los comisionados no tienen poder para volver a colocar los cheroquis en los límites establecidos en 1785, no es probable, incluso en el caso de que llegara a suscribir un tratado, según lo señalado por Winn, que el resultado sea satisfactorio».

Éste es el resumen de lo ocurrido. Los detalles pueden encontrarse en los copiosos volúmenes de las etapas iniciales de la historia de Tennessee, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia, todo ello incluido bajo el epígrafe «Atrocidades indias». Muy pocos lectores de esos anales perciben que los indios que cometían semejantes «atrocidades» no hacían más que expulsar por la fuerza y, en las luchas derivadas de esa expulsión forzosa, matar a hombres que les habían usurpado y robado las tierras; unas tierras cedidas a ellos por el gobierno de los Estados Unidos en virtud de un solemne tratado.

BIBLIOGRAFÍA

- "Choctaw." *Pueblos Originarios*. N.p., n.d. Web. 4 de junio de 2015. <<http://pueblosoriginarios.com/norte/bosques/choctaw/choctaw.html>>.
- "Historia de los indígenas de los Estados Unidos." *Todo Sobre Historia*. N.p., n.d. Web. 15 de diciembre de 2015. <<http://www.allabouthistory.org/spanish/historia-de-los-ind%C3%ADgenas-de-los-estados-unidos.htm>>. Fuentes: nativeamericans.com, Encarta, Wiconi International
- "S. XVIII - S. XIX Revolución americana y nacimientos de los Estados Unidos." *Daniel Sabater Salabert*. N.p., 11 Dec. 2012. Web. 23 de marzo de 2015. <<https://elpintordanielsabatersalabert.wordpress.com/s-xviii-s-xix-revolucion-americana-y-nacimientos-de-los-estados-unidos/>>.
- "Standing Bear and the Ponca Chiefs." *Standing Bear and the Ponca Chiefs - University of Nebraska Press*. University of Nebraska Press, n.d. Web. 15 de mayo de 2015. <<http://www.nebraskapress.unl.edu/product/Standing-Bear-and-the-Ponca-Chiefs,672771.aspx>>.
- Coultrap-McQuin, Susan Margaret. *Doing Literary Business: American Women Writers in the Nineteenth Century*. Chapel Hill: U of North Carolina, 1990. Print.
- Dan Bryan. "First Cherokee Contact with the Europeans." *American History USA*. N.p., 26 Mar. 2012. Web. 12 de mayo de 2015. <<http://www.americanhistoryusa.com/first-contact-europeans/>>.
- Departamento de Estado de Estados Unidos. "Aportaciones de Estados Unidos a los derechos humanos. La elaboración de normas de derechos humanos en Estados Unidos." *IIP Digital*. IIP Digital. Departamento de Estado de Estados Unidos, 27 Aug. 2008. Web. 23 de marzo de 2015. <<http://iipdigital.usembassy.gov/st/spanish/article/2008/08/20080827182952pii0.2209741.html>>.
- Doval, Gregorio. *Breve historia de los indios norteamericanos*. Madrid: Nowtilus, 2009. Impreso.
- Edward J. Cashin. "Royal Georgia, 1752-1776." *New Georgia Encyclopedia*. History & Archaeology. Colonial Era, 1733-1775, 17 Sept. 2014. Web. 4 de junio de 2015. <<http://www.georgiaencyclopedia.org/articles/history-archaeology/royal-georgia-1752-1776>>.
- Edward J. Cashin. "Trustee Georgia, 1732-1752." *New Georgia Encyclopedia*. History & Archaeology. Colonial Era, 1733-1775, 17 Feb. 2015. Web. 4 de junio de 2015. <<http://www.georgiaencyclopedia.org/articles/history-archaeology/trustee-georgia-1732-1752>>.
- Emily Dickinson Museum. "Helen Hunt Jackson (1830-1885), Friend." Emily Dickinson Museum, n.d. Web. 4 de junio de 2015. <https://www.emilydickinsonmuseum.org/helen_hunt_jackson>.

- Giada Biasetti. "El poder subversivo de la nueva novela histórica femenina sobre la conquista y la colonización: la centralización de la periferia." Diss. U of Florida, 2009. *El poder subversivo de la nueva novela histórica femenina sobre la conquista y la colonización: la centralización de la periferia*. University of Florida. Web. 3 de abril de 2015. <http://etd.fcla.edu/UF/UFE0024691/biasetti_g.pdf>.
- Jackson, Helen Hunt. *A Century of Dishonor: A Sketch of the United States Government's Dealings with Some of the Indian Tribes*. Minneapolis: Ross & Haines, 1964. Impreso.
- Juan-Navarro, Santiago, Theodore Robert, Young. *A Twice-told Tale: Reinventing the Encounter in Iberian/Iberian American Literature and Film*. Newark: U of Delaware, 2001. 29-35. Impreso.
- Justice, Daniel Heath. *Our Fire Survives the Storm: A Cherokee Literary History*. Minneapolis: U of Minnesota, 2006. Impreso.
- King, Duane H. *The Cherokee Indian Nation: A Troubled History*. Knoxville: U of Tennessee, 1979. Impreso.
- Mignolo, Walter. *The Idea of Latin America*. Malden, MA: Blackwell Pub., 2005. 35-36. Impreso.
- Miller, Drew; Albert R. Drelicharz. *Rohan Nation: Reinventing America after the 2020 Collapse*. S.l.: Responsibility, 2010. Impreso.
- O'Gorman, Edmundo. *The Invention of America; an Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of Its History*. Bloomington: Indiana UP, 1961. Impreso.
- Reynolds, William R. *The Cherokee Struggle to Maintain Identity in the 17th and 18th Centuries*. N.p.: McFarland, 2015. 144-48. Impreso.
- Schmitz, Neil. "Chapter 4 Ponca Testimony, Lakota Elegies." *White Robe's Dilemma: Tribal History in American Literature*. Amherst: U of Massachusetts, 2001. Impreso.
- Subirats, Eduardo. *El Continente Vacío: La conquista del nuevo mundo y la conciencia moderna*. Mexico, D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1994. Impreso.
- Tibbles, Thomas Henry, Kay Graber. *Standing Bear and the Ponca Chiefs*. Lincoln: U of Nebraska, 1995. Impreso.
- University of Virginia. "American President A Reference Resource." *Cleveland Signs Dawes Act—February 8, 1887*. Miller Center, n.d. Web. 23 de marzo de 2015. <http://millercenter.org/president/events/02_08>.
- University of Virginia. "Grover Cleveland." *Presidential Key Events*. Miller Center, n.d. Web. 23 de marzo de 2015. <<http://millercenter.org/president/cleveland/key-events>>.

William L. Anderson, Ruth Y. Wetmore. "Part II: Cherokee Origins and First European Contact." *NCPedia*. Web. 12 de mayo de 2015.
<<http://ncpedia.org/cherokee/origins>>.

ANEXO

ÍNDICE

«The Cherokees» (*A Century of Dishonor*, pp. 257-266)

CHAPTER VIII.

THE CHEROKEES.

THE Cherokees were the Eastern Mountaineers of America. Their country lay along the Tennessee River, and in the highlands of Georgia, Carolina, and Alabama—the loveliest region east of the Mississippi River. Beautiful and grand, with lofty mountains and rich valleys fragrant with flowers, and forests of magnolia and pine filled with the singing of birds and the melody of streams, rich in fruits and nuts and wild grains, it was a country worth loving, worth fighting, worth dying for, as thousands of its lovers have fought and have died, white men as well as red, within the last hundred years.

When Oglethorpe came with his cargo of Madeira wine and respectable paupers from England in 1733, and lived in tents in midwinter on the shores of the Savannah River, one of the first conditions of safety for his colossal almshouse, in shape of a new colony, was that all the Indians in the region should become its friends and allies.

The reputation of his goodness and benevolence soon penetrated to the fastnesses of their homes, and tribe after tribe sent chiefs and headmen to greet him with gifts and welcome. When the Cherokee chief appeared, Oglethorpe said to him, "Fear nothing. Speak freely." "I always speak freely," answered the mountaineer. "Why should I fear? I am now among friends: I never feared, even among my enemies."

The principal intention of the English trustees who incorporated the Georgia colony was to provide a home for worthy persons in England who were "in decayed circumstances."

Among other great ends which they also avowed was "the civilization of the savages." In one of Oglethorpe's first reports to the trustees he says: "A little Indian nation—the only one within fifty miles—is not only in amity, but desirous to be subjects to his Majesty King George; to have lands given to them among us, and to breed their children at our schools. Their chief and his beloved man, who is the second man in the nation, desire to be instructed in the Christian religion."

The next year he returned to England, carrying with him eight Indian chiefs, to show them "so much of Great Britain and her institutions as might enable them to judge of her power and dignity. * * * Nothing was neglected," we are told, "that was likely to awaken their curiosity or impress them with a sense of the power and grandeur of the nation." They were received by the Archbishop of Canterbury, and by the Fellows of Eton, and for a space of four months were hospitably entertained, and shown all the great sights of London and its vicinity.

The tribes at home were much gratified by these attentions paid to their representatives, and sent out to the trustees a very curious missive, expressing their thanks and their attachment to General Oglethorpe. This letter was the production of a young Cherokee chief. It was written in black and red hieroglyphs on a dressed buffalo-skin. Before it was sent to England it was exhibited in Savannah, and the meaning of the hieroglyphs translated by an interpreter in a grand gathering of fifty Indian chiefs and all the principal people of Savannah. Afterward the curious document was framed and hung up in the Georgia Office in Westminster.

When the Wesleyan missionaries arrived in Georgia, two years later, some of the chiefs who had made this visit to England went to meet them, carrying large jars of honey and of milk as gifts, to "represent their inclinations;" and one of the chiefs said to Mr. Wesley, "I am glad you are come. When I

was in England I desired that some one would speak the Great Word to me. I will go up and speak to the wise men of our nation, and I hope they will hear. But we would not be made Christians as the Spaniards make Christians; we would be taught before we are baptized."

In those early days Wesley was an intolerant and injudicious enthusiast. His missionary work in the Georgia Colony was anything but successful in the outset, either among the whites or the Indians, and there was ample justification for the reply which this same Indian chief made later when urged to embrace the doctrines of Christianity.

"Why, these are Christians at Savannah. Those are Christians at Frederica. Christians get drunk! Christians beat men! Christians tell lies! Me no Christian!" On another occasion Wesley asked him what he thought he was made for. "He that is above," answered the chief, "knows what he made us for. We know nothing; we are in the dark; but white men know much. And yet white men build great houses, as if they were to live forever. But white men cannot live forever. In a little time white men will be dust as well as I."

For twenty years Oglethorpe's colony struggled on under great difficulties and discouragements. Wars with France and with Spain; tiresome squabbles with and among Methodist missionaries, all combined to make Oglethorpe's position hard. Again and again England would have lost her colony except for the unswerving fidelity of the Indian allies; they gathered by hundreds to fight for Oglethorpe. In one expedition against the frontier, four hundred Creeks and six hundred Cherokees set out in one day, under an urgent call for help sent by Indian runners to their towns. His Indian friends were the only friends Oglethorpe had who stood by him past everything: nothing could shake their fidelity.

"He is poor; he can give you nothing," said the St. Augustine Spaniards to a Creek chief at this time; "it is foolish

for you to go to him:" and they showed to the Indian a fine suit of scarlet clothes, and a sword, which they were about to give to a chief of the Tennessees who had become their ally.

But the Creek answered, "We love him. It is true, he does not give us silver; but he gives us everything we want that he has. He has given me the coat off his back, and the blanket from under him."

At last the trustees of the Georgia Colony lost patience. very bitterly they had learned that paupers, however worthy, are not good stuff to build new enterprises of. In eighteen years the colony had not once furnished a sufficient supply of subsistence for its own consumption: farms which had been cultivated were going to ruin; and the country was rapidly degenerating in every respect. Dishonest traders had tampered with and exasperated the Indians, so that their friendliness could no longer be implicitly trusted. For everything that went wrong the English Company was held responsible, and probably there were no happier men in all England on the 20th of June, 1752, than were the Georgia trustees, who on that day formally resigned their charter, and washed their hands of the colony forever.

The province was now formed into a royal government, and very soon became the seat of frightful Indian wars. The new authorities neither understood nor kept faith with the Indians: their old friend Oglethorpe had left them forever, and the same scenes of treachery and massacre which were being enacted at the North began to be repeated with heart-sickening similarity at the South. Indians fighting Indians—fighting as allies to-day with the French, to-morrow with the English; treaties made, and broken as soon as made; there was neither peace nor safety anywhere.

At last, in 1763, a treaty was concluded with the chiefs and headmen of five tribes, which seemed to promise better things. The Cherokees and Creeks granted to the King of England a

large tract of land, cleared off their debts with the sum paid for it, and observed its stipulations faithfully for several years, until peace was again destroyed, this time by no fault of the Indians, in consequence of the revolt of the American Colonies against Great Britain. The English loyalists in Georgia now availed themselves of the Indians' old habit of allegiance to the Crown. One of their leading agents took a Cherokee woman as his mistress, placed her at the head of his table, gave her the richest dress and equipage that the country could afford, and distributed through her lavish gifts to all the Indians he could reach. When war actually broke out he retreated with her into the fastnesses of the Cherokee nation, where he swayed them at his will. Attempts to capture him were repelled by the Cherokees with ferocity. Prisoners taken by them at this time were tortured with great cruelty; one instance is recorded (in a journal kept by another prisoner, who escaped alive) of a boy about twelve years of age who was suspended by the arms between two posts, and raised about three feet from the ground. "The mode of inflicting the torture was by light-wood splints of about eighteen inches long, made sharp at one end and fractured at the other, so that the torch might not be extinguished by throwing it. After these weapons of death were prepared, and a fire made for the purpose of lighting them, the scene of horror commenced. It was deemed a mark of dexterity, and accompanied by shouts of applause, when an Indian threw one of these torches so as to make the sharp end stick into the body of the suffering youth without extinguishing the torch. This description of torture was continued for two hours before the innocent victim was relieved by death."

These are sickening details, and no doubt will be instinctively set down by most readers as proof of innate cruelty peculiar to the Indian race. Let us, therefore, set side by side with them the record that in this same war white men (British officers) confined white men ("rebels") in prison-ships, starved,

and otherwise maltreated them till they died, five or six a day, then threw their dead bodies into the nearest marsh, and had them "*trodden down in the mud*—from whence they were soon exposed by the washing of the tides, and at low-water the prisoners beheld the carrion-crows picking the bones of their departed companions!" Also, that white men (British officers) were known at that time to have made thumb-screws out of musket-locks, to torture Georgia women, wives of "rebels," to force them to reveal the places where their husbands were in hiding. Innate cruelty is not exclusively an Indian trait.

The Cherokees had the worst of the fighting on the British side during the Revolution. Again and again their towns were burnt, their winter stores destroyed, and whole bands reduced to the verge of starvation. At one time, when hard pressed by the American forces, they sent to the Creeks for help; but the shrewd Creeks replied, "You have taken the thorns out of our feet; you are welcome to them." The Creeks, having given only limited aid to the British, had suffered much less severely. That any of the Indians should have joined the "rebel" cause seems wonderful, as they had evidently nothing to gain by the transfer of their allegiance to what must have appeared to them for a long time to be the losing side in the contest. For three years and a half Savannah was in the possession of the British, and again and again they had control of the entire State. And to show that they had no compunction about inciting the Indians to massacres they left many a written record—such, for instance, as this, which is in a letter written by General Gage from Boston, June, 1775: "We need not be tender of calling on the savages to attack the Americans."*

The first diplomatic relations of the United States Government with the Cherokees were in the making of the treaty of Hopewell, in 1785. At the Hopewell council the United States

commissioners said: "Congress is now the sovereign of all our country which we now point out to you on the map. They want none of your lands, nor anything else which belongs to you; and as an earnest of their regard for you, we propose to enter into articles of a treaty perfectly equal and conformable to what we now tell you. * * * This humane and generous act of the United States will no doubt be received by you with gladness, and held in grateful remembrance; and the more so, as many of your young men, and the greater number of your warriors, during the late war, were our enemies, and assisted the King of Great Britain in his endeavors to conquer our country."

The chiefs complained bitterly of the encroachments of white settlers upon lands which had been by old treaties distinctly reserved to the Cherokees. They demanded that some of these settlers should be removed; and when the commissioners said that the settlers were too numerous for the Government to remove, one of the chiefs asked, satirically, "Are Congress, who conquered the King of Great Britain, unable to remove those people?"

Finally, the chiefs agreed to accept payment for the lands which had been taken. New boundaries were established, and a general feeling of good-will and confidence was created. One notable feature in this council was the speech of an Indian woman, called the "war-woman of Chota." (Chota was the Cherokees' city of refuge. All murderers were safe so long as they lived in Chota. Even Englishmen had not disdained to take advantage of its shelter; one English trader who had killed an Indian, having fled, lived there for many months, his own house being but a short distance away. After a time he resolved to return home, but the headmen of the tribe assured him that, though he was entirely safe there, he would surely be killed if he left the town.) The chief who brought this "war-woman" to the council introduced her as "one of our beloved

women who has borne and raised up warriors." She proceeded to say, "I am fond of hearing that there is a peace, and I hope you have now taken us by the hand in real friendship. I have a pipe and a little tobacco to give the commissioners to smoke in friendship. I look on you and the red people as my children. Your having determined on peace is most pleasing to me, for I have seen much trouble during the late war. I am old, but I hope yet to bear children who will grow up and people our nation, as we are now to be under the protection of Congress, and shall have no disturbance."

A brief summary of the events which followed on the negotiation of this treaty may be best given in the words of a report made by the Secretary of War to the President four years later. In July, 1789, General Knox writes as follows of the Cherokees: "This nation of Indians, consisting of separate towns or villages, are seated principally on the head-waters of the Tennessee, which runs into the Ohio. Their hunting-grounds extend from the Cumberland River along the frontiers of Virginia, North and South Carolina, and part of Georgia.

"The frequent wars they have had with the frontier people of the said States have greatly diminished their number. The commissioners estimated them in November, 1785, at 2000 warriors, but they were estimated in 1787 at 2650; yet it is probable they may be lessened since by the depredations committed on them.

"The United States concluded a treaty with the Cherokees at Hopewell, on the Keowee, the 28th of November, 1785, which is entered on the printed journals of Congress April 17th, 1786. The negotiations of the commissioners on the part of the United States are hereunto annexed, marked A. It will appear by the papers marked B. that the State of North Carolina, by their agent, protested against the said treaty as infringing and violating the legislative rights of that State.

"By a variety of evidence which has been submitted to the

last Congress, it has been proved that the said treaty has been entirely disregarded by the white people inhabiting the frontiers, styling themselves the State of Franklin. The proceedings of Congress on the 1st of September, 1788, and the proclamation they then issued on this subject, will show their sense of the many unprovoked outrages committed against the Cherokees.

"The information contained in the papers marked C., from Colonel Joseph Martin, the late agent to the Cherokees, and Richard Winn, Esq., will further evince the deplorable situation of the Cherokees, and the indispensable obligation of the United States to vindicate their faith, justice, and national dignity.

"The letter of Mr. Winn, the late superintendent, of the 1st of March, informs that a treaty will be held with the Cherokees on the third Monday of May, at the Upper War-ford on French Broad River. But it is to be observed that the time for which both he and Colonel Joseph Martin, the agent to the Cherokees and Chickasaws, were elected has expired, and therefore they are not authorized to act on the part of the Union. If the commissioners appointed by North Carolina, South Carolina, and Georgia, by virtue of the resolve of Congress of the 26th of October, 1787, should attend the said treaty, their proceedings thereon may soon be expected. But, as part of the Cherokees have taken refuge within the limits of the Creeks, it is highly probable they will be under the same direction; and, therefore, as the fact of the violation of the treaty cannot be disputed, and as the commissioners have not power to replace the Cherokees within the limits established in 1785, it is not probable, even if a treaty should be held, as stated by Mr. Winn, that the result would be satisfactory."

This is the summing up of the situation. The details of it are to be read in copious volumes of the early history of Tennessee, North and South Carolina, and Georgia—all under the head of "Indian Atrocities." To very few who read those

records does it occur that the Indians who committed these "atrocities" were simply ejecting by force, and, in the contests arising from this forcible ejectment, killing men who had usurped and stolen their lands—lands ceded to them by the United States Government in a solemn treaty, of which the